

EL DISCIPULADO

(Cómo enfocar: ¡El cuidado de los nuevos convertidos!)

Por Juan Antonio García Nieto

(Mt. 28:18-20)

I) LA “GRAN COMISIÓN”, TAMBIÉN COMPRENDE EL “DISCIPULADO” (Un enfoque universal: “Hacia la iglesia de Cristo”) – (Jn. 8:31; 15:5)

- La “*evangelización*” no consiste solamente en anunciar a otros el mensaje de *salvación*, sino que debe continuar en una tarea *de enseñanza al recién convertido*, lo que suele conocerse como “*discipulado*”, cosa que Cristo señaló muy claramente cuando estableció, antes de su ascensión, la “*Gran Comisión*”, al decirnos: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones,... enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mt. 28:19-20)

¿En qué consiste esto?: En llevar, primeramente, a una persona a Cristo y, luego, enseñarle los principios fundamentales de la vida cristiana. El texto original de “Su mandato” se lee: “Por tanto, habiendo ido, haced discípulos a todas las naciones”, es decir, “haced discípulos a todo el mundo”, consistiendo, el mismo, en un imperativo; en una orden enérgica que implica algo más que “hacer convertidos”, ya que pone énfasis en el hecho de que no sólo la conversión es necesaria y previa, sino que “tanto la mente como el corazón y la voluntad del discípulo, deban ser ganadas para Dios”.

La “evangelización” es sembrar (Jn. 6:44-45), pero el “discipulado” es formar (Ef. 4:11-12). - Esta “Gran Comisión” entraña para el creyente, actuar como el Señor lo hizo. El Señor hacía discípulos de las gentes, uniéndoseles, y comenzando a moldearlas y formarlas en su propia imagen, la “imagen de Cristo” (Ro. 8:29). Luego ellas viéndole y escuchándole, empezaban a absorber y asimilar el carácter y la conducta del Señor, comenzando así a “seguirle” y a “servirle” más estrechamente. Ya que un “discípulo”, es un “alumno” o “aprendiz”, haciéndose, por tanto, necesario que lo concebido en su mente y en su corazón, sea después llevado a la práctica para que pueda “permanecer” o “continuar” en la “verdad” (Jn. 1:17; 14:6). Sólo así, el enseñado, llegará a ser: “Un discípulo de Cristo”.

Fue el mismo Señor quien nos dijo: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Jn. 8:31) y, “permanecer” en su palabra, no es sino “continuar en las enseñanzas del Señor”, sin apartarse de él, ya que la verdadera fe, tiene carácter de permanencia, “pues separados de él nada podremos hacer” (Jn. 15:5c), debiendo tenerse en cuenta que la persona “no es salvada porque permanece en su palabra”, sino que “permanece en su palabra porque es salva” (Fil. 3:8).

JESUCRISTO es quien “transforma” al creyente, pero es LA PALABRA la que “lo forma” (Sal. 119:130). Así, el desconocimiento de ella nos muestra como “deformados espirituales”.

Consecuentes con esto, no nos conformemos en marcar nuestras Biblias, sino en que la Biblia, marque nuestras vidas, en forma tal que “nuestros discípulos” y el mundo, vea a Cristo en nosotros (1 Co. 11:1); “siendo, pues, imitadores de Dios como hijos [muy] amados” (Ef. 5:1).

La forma que el Señor usó para extenderse, es decir, ir más allá de su día y de su tiempo, fue mediante “el discipulado”. Fijémonos que el propio Señor Jesucristo estuvo tres años y medio “educando” a sus discípulos (Mt. 10:1, 5; 11:1), para que luego ellos, “educaran” a otros, es decir,

formasen discípulos. Como nos dice Pablo: “hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2 Ti. 2:2).

Así, el compromiso del creyente respecto al “discipulado” consiste en presentar claramente a nuestro Señor y Salvador Jesucristo, para que el nuevo creyente, le siga a “él”. Como Juan “el bautizador” lo hacía (Mt. 3:1), que predicaba de tal manera que sus discípulos le oían a él, pero seguían a Jesús (Jn. 1:37). Por esta razón, la tarea del discipulado debe ser llevada a cabo de modo que las personas enseñadas, no sigan al que las alcanzó e instruyó, sino a Cristo, hasta que ellos a su vez puedan hacer otros “discípulos”. Y así, hasta que el Señor venga, “predicando la palabra; instando (insistiendo); redarguyendo (rebatiendo y persuadiendo); reprendiendo y exhortando (aconsejando) con toda paciencia y doctrina” (2 Ti. 4:2).

- Esta “Gran Comisión” nos asegura que, ‘siempre’, “él estará con nosotros”

. Al concluir “su mandato” el mismo Señor nos asegura que, siempre, estará con el creyente que salga a “hacer discípulos”. Fijémonos que el Señor no dice “estaré”, sino “yo estoy con vosotros”. Significándonos esto que él estará con nosotros:

- . Todos los días y en cada momento.
- . En toda prueba, tristeza y enfermedad.
- . En toda necesidad y en toda abundancia.
- . Durante toda la vida y también cuando durmamos (Sal. 48:14). Amén.

Siendo su ilimitada promesa, a la vez, “hasta el fin del mundo”. No habiendo momento alguno en que el Señor no esté con nosotros, para ayudarnos permanentemente durante nuestro “testimonio terrenal” (Hch. 1:8b).

De la misma manera en que Jehová le prometió a Jacob: “He aquí que estoy contigo, y te guardaré por donde quiera que fueres” (Gn. 28:15), de la misma forma en que él nos anima, bendice y guarda en todo tiempo (Is. 41:10, 13; 42:1-5; 2 Co. 5:21; Is. 43:1b-3a, 4a; Ro. 8:32; Jn. 13:1); como entrañablemente Pablo lo expresa al final de sus días, cuando dice: “Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas... Y el Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén”. (2 Ti. 4:17-18; Ro. 8:38-39). ¡Gracias, mi Señor!

Tomado de la revista “Momento de Decisión”, www.mdedecision.com.ar

Usado con permiso

ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.